

Francisco Coloane: Literatura, Patagonia e Historia.

Pablo Vargas Rojas

Como es sabido, Francisco Coloane vive sus primeros 13 años en Chiloé, para luego arribar a Punta Arenas en 1923; este antecedente biográfico nos sitúa en una compleja encrucijada histórica que va más allá de la inscripción del joven Coloane en una contundente tradición migratoria desde el mencionado archipiélago y la cuenca del Maullín hacia la Patagonia. En 1923 gobierna Arturo Alessandri Palma, un periodo que marca el ocaso definitivo de los llamados gobiernos oligárquicos ante la emergencia política de sectores medios y populares en lo que se conoció como “la cuestión social”. Sin dudas es una época de cambios e inquietud generalizada, en que los sectores oligárquicos –nacionales y regionales– aún cuentan con importantes cuotas de poder económico y político, enfrentados a oposiciones crecientes de movimientos anarquistas, socialistas o incluso liberales, los que hacen patente la crisis del periodo de modernización capitalista que se venía dando a partir de la segunda mitad del Siglo XIX y que, entre otros antecedentes, cuenta con la llamada “Masacre de la federación Obrera de Magallanes” en 1920 y de la “Patagonia rebelde” devenida en “trágica” de 1921. Son los años de las vanguardias artísticas, ad portas del nacimiento oficial del surrealismo, los llamados a revolucionar la pintura chilena realizados por el grupo Montparnasse, las “Notas de Arte” de Juan Emar en La Nación, el creacionismo huidobriano, Desolación y Ternura de Gabriela Mistral, los primeros libros de Neruda, de Los gemidos de Pablo de Rokha.

La Patagonia no está lejana a estos tiempos convulsionados por la necesidad de cambios; en 1914 la inauguración del Canal de Panamá supuso una alteración radical en la historia del transporte marítimo, modificando la ruta de navegación histórica entre los océanos Pacífico y Atlántico y alterando el mapa geopolítico y comercial del intercambio mundial; los ecos de la Gran Guerra Europea persistirán en los inmigrantes y descendientes de estos afincados en la Patagonia; constantes alusiones a Magallanes resplandecen en Desolación de Gabriela Mistral.

Francisco Coloane publica sus primeros libros dieciocho años después de su primera llegada a Punta Arenas y no es difícil advertir que tanto en El último grumete de la Baquedano como Cabo de Hornos abarcan de manera sorprendente probablemente más de sesenta años de historia. La obra de Coloane no sólo se hace cargo de los convulsionados años veinte –que, como sabemos, tienen su corolario en la Gran Depresión del veintinueve

que le tocó ver con ojos deslumbrados en una Punta Arenas que al adolescente oriundo de Quemchi seguramente le resultó una ciudad cosmopolita y centro de modernidad en una Patagonia que, debido al Canal de Panamá, perdía preeminencia en el contexto mundial; a esto se debe agregar la pérdida de competitividad que en los mercados internacionales presentaba de manera sostenida la lana, cueros y carne procedente de las llanuras patagónicas, un proceso de declive que se venía gestando desde principios de siglo. Fuerte debió de ser el impacto que la Patagonia de los años veinte debió causar en el joven Coloane, tan fuerte que en su obra posterior rondará una y otra vez, tal como lo hace en “de cómo murió el Chilote Otey”. Pero no sólo la década del veinte del siglo pasado está presente en dicha obra; también lo está el proceso de colonización que se llevó a cabo durante las últimas dos décadas del siglo XIX, en un contexto de modernización que al decir de Eric Hobsbawm forma parte del Imperio... británico. En efecto, Coloane aborda la Colonización de la Patagonia desde una mirada crítica que problematiza la inserción de esta zona en la economía internacioanl, tanto como lugar estratégico en la navegación interoceánica durante el siglo XIX y principios del XX como centro de monoproducción para el mercado mundial, algo característico de lo que otro historiador llama la economíamundo capitalista. Pero esta problematización –y he aquí la importancia de la obra de Coloane- se articula en torno a pequeñas historias de valerosos y, la mayoría de las veces, solitarios, tristes y rudos hombres y mujeres enfrentados a una infatigable lucha por contribuir o rechazar –consciente o inconscientemente- la incorporación de la Patagonia en dicha economía mundo. Un espacio natural capaz de proveer pieles, carne, maderas y una serie de recursos naturales, así como imprescindibles pertrechos para los barcos en tránsito por el Estrecho de Magallanes es el escenario para el despliegue de estas historias cotidianas en las que la naturaleza del ser huma se devela en toda su profundidad e inaprensible complejidad.

Pero la obra de Francisco Coloane no sólo mira hacia los años anteriores a 1920; también se hace cargo de los años cuarenta de una manera imprevista y sutil –puesto que su narrativa siempre dice más de lo que aparenta- tal como lo ha señalado Grínor Rojo a propósito de El último grumete de la Baquedano. Según este connotado crítico chileno esta novela –que para muchos aún hoy en día no pasa de ser una novelita para niños- representa una compleja alegoría de la Nación. A esto debo agregar que en esta novel, tal como sucede en Los conquistadores de la Antártica, lo que está en juego es una reflexión profunda sobre el proyecto de país que se esta construyendo contemporáneamente a la escritura de ambas obras; estamos hablando del Frente Popular y la construcción del llamado Estado desarrollista, que encarna un nuevo ciclo de expansión –y de colonización-

nacional, esta vez más allá del Cabo de Hornos (los límites del territorio antártico chileno son fijados en noviembre de 1940)... ¿Cómo asumir esta expansión y nuevos impulsos colonizadores del estado chileno?, ¿qué proyecto de país se encuentra detrás de la necesidad de expandir la explotación de los recursos naturales?, ¿qué beneficios concretos arroja este nuevo escenario para las personas comunes y corrientes y pequeñas comunidades? El capítulo de "El paraíso de las nutrias" en El último grumete... parece responder a estas y muchas otras preguntas; la respuesta que parece prevalecer en la novela es ambigua, no obstante ello, el paraíso siempre estará en aquellas comunidades de auto-subsistencia alejadas de la maquinaria estatal y de los impulsos modernizadores o, al decir del propio Coloane, civilizadores. Según esto, el autor no deja de presentarnos un escenario complejo que nos obliga a mirar con reservas el rol del estado como organizador de la vida social. No obstante, no se puede decir que la obra de Coloane es una crítica directa al capitalismo liberal del siglo XIX, o al Estado desarrollista de buena parte del siglo XX, o a las relaciones que ambos modelos de desarrollo tienen con el desenvolvimiento del capitalismo mundial, pero sí se puede afirmar que en su obra hay una infinidad de elementos que se hacen cargo de estos temas a partir de las peripecias de sus personajes; porque Coloane parece darse cuenta de que la historia, y las historias, de la Patagonia es y son el resultado de una compleja red de elementos personales, comunitarios, nacionales e internacionales expresados con maestría a través de los sentimientos y pasiones humanas de anónimos personajes.

Lo planteado hasta aquí sólo pretende ser una reflexión que busca explicar la aparentemente inagotable riqueza de la obra de Francisco Coloane, una obra que se proyecta no sólo en las siempre novedosas lecturas que de ella vienen haciendo críticos nacionales e internacionales, sino también en la huella que podemos ver en escritores contemporáneos de nuestro país y de Magallanes, como Óscar Barrientos y Pavel Oyarzún, una huella que se renueva de manera constante como lo demuestra el Concurso de cuentos que hoy nos ha convocado... Todo lo cual puede explicarse porque Coloane es un clásico, lo que al decir de Borges representa aquella literatura "que una nación o un grupo de naciones o el largo tiempo han decidido leer como si en sus páginas todo fuera deliberado, fatal, profundo como el cosmos y capaz de interpretaciones sin término".